

—¡Porque pensaba en ti!—respondió María, dejando caer su blanca mano entre las de su primo.

Después se levantó confusa y ruborizada, y corrió junto al lecho de su madre, que había caído en una crisis mortal.

.....

Al amanecer del día siguiente, Miranda, viudo ya, lloraba al lado del padre de Alberto; Elvira lloraba al lado de su marido; Alberto tenía entre sus manos las de María, y le decía en voz baja:

—Dentro de un año tú serás mía, y hasta entonces yo te consolaré.

FIN DE LA PARTE TERCERA

PARTE CUARTA

LA DICHA DE LA TIERRA

.....

¡Oh, vosotros para quienes la vida es una carga pesada! Yo quisiera que este libro pudiera ser para vuestra pobre alma lo que es al mediodía en el campo la sombra de un árbol, por ruin que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

.....

Después de los rigores del invierno, la Providencia nos envía una estación menos áspera, y el pájaro bendice en sus cantos la mano benéfica que le devuelve el calor y la abundancia, su compañera y su nido.

Esperad y amad; todo lo endulza la esperanza, todo lo allana el amor.

F. DE LAMENNAIS.

I

SEBASTIÁN

Era una de esas frías noches de Enero del año 186..., y se cantaba en el gran teatro del Liceo de Barcelona el *Atila*, esa sublime creación de Verdi.

El magnífico coliseo resplandecía de luz, de hermosos trajes y de diamantes; las damas catalanas son ricas y espléndidas, y tienen en lo general buen gusto. Había muchas jóvenes vestidas de

blanco, y sin más adorno en la cabeza que algunas flores, y muchas señoras ataviadas con terciopelo, plumas y pedrería.

Cantaba la Lagrange el papel de Abigail, y toda la buena sociedad de Barcelona había acudido á oirla, á pesar del áspero frío que reinaba.

Hacia la mitad del acto primero se abrió con estrépito la puerta de un palco bajo, y entró una pareja, joven y hermosa.

—Ya está ahí la fastidiosa madrileña—dijo una catalana gruesa, encarnada y fresca, á una señora mayor que se hallaba á su lado, y que, á juzgar por cierto aire de familia, debía ser su madre.

—Siempre ha de esperar á venir cuando más ha de llamar la atención—repuso ésta con aire despreciativo.—¡Qué costumbres, Dios mío! ¡Qué decoro, y qué marido ese!

—¿Qué quiere usted, mamá?—repuso la robusta joven;—las mujeres de allá son desahogadas como ellas solas.

—Di más bien desvergonzadas, hija mía.

—El calificativo, mamá, es demasiado duro.

—No, porque es merecido. ¿No ves á esa joven, lánguida y voluptuosa, vestida de gasa blanca, llena de diamantes y escotada de medio cuerpo? ¿Es eso decente? Creo que no, y á mí no me gusta andar con paliativos para calificar lo malo. Seré muy vulgar y muy provinciana; pero así me han criado á mí, así te he educado á ti y así educarás tú á tus hijos, si Dios es servido.

—Eso es muy cierto, mamá—repuso la robusta joven, que hacía algunos años se había casado con un honrado comerciante, y que entendía muy poco de la elegancia y de la práctica del mundo;—yo criaré á mis hijas como yo lo he sido, y cuando yo les falte, no se atreverán á quitarse el luto por mí antes de cumplir el año de mi muerte.

—¡Calla, y es verdad!—exclamó la anciana;—¡ya se ha quitado el luto por su madre! ¡Si va de blanco y lleva diamantes! ¡Qué vergüenza, qué oprobio! ¡No había yo reparado!...

—La verdad, mamá: esa madrileña es muy hermosa—dijo la comerciante, dirigiendo á la joven sus gemelos de nácar.—¡Qué cabello negro tan abundante! ¡Qué ojos, si parecen dos estrellas! ¡Qué boca, si es una flor de coral!

—¡Eh! ¡Es mucho exagerar el mérito de esa mujer!—dijo con mal humor la intolerante señora.—¡Déjame ver la función!

La buena madre se volvió, dicho esto, hacia el escenario, y su hija quiso en vano separar los ojos de Elvira—pues ya la habrá conocido el lector,—cuya belleza, gracia y elegancia la tenían completamente fascinada.

Otro tanto sucedía á las demás mujeres que llevaban la gran sala del coliseo; casi todos los anteojos y lentes se dirigían á la hermosa madrileña, que era como se la llamaba en Barcelona.

Pero ella, con esa suprema indiferencia de las mujeres acostumbradas á llamar siempre y en

todas partes la atención, apenas se apercibía de la que despertaba en la concurrencia; vuelta de espaldas al escenario, parecía altercar con un joven que estaba sentado hacia el fondo del palco, y que no era otro que su marido.

—¡Te aseguro que no irás!—dijo, después de algunos instantes de silencio;—¡ó si vas, prepárate á verme enojada lo menos un mes!

—Pero, Elvira, ¿qué quieres que haga?—preguntó Sebastián, cuya voz era sorda y fatigosa;—¡es una cita precisa, y á la cual no puedo faltar!

—¡Pues lo que es hoy faltarás, ó vivirás solo por espacio de un mes! ¡Pues está bueno! ¡Cada dos noches he de pasar una sola! ¡Eso no puede ser, y no será!

—Es preciso que sea, pues, querida mía, y sobre todo hoy; yo lo arreglaré si puedo para no volver, aunque pierda todos los capitales que he impuesto en esa empresa.

—¡Cómo! ¿Te empeñas en irte?

—Es indispensable.

—¡Pues yo no quiero que te vayas!

Sebastián, sin responder una palabra, abrió la puerta del palco y dijo á su mujer:

—Te enviaré el coche así que me deje adonde voy.

Elvira le volvió la espalda, y luego ocupó la silla que se hallaba frente á la escena; Sebastián cerró la puerta, pero hubo de llevarse las manos al pecho, porque se ahogaba.

Aquella naturaleza, delicada y nerviosa, se destrozaba con la lucha incesante que sostenía; el carácter violento de Elvira sólo podía avenirse con dos extremos: ó con otro carácter frío é impasible que no hiciera caso ninguno de sus raptos y de sus contradicciones, ó con una índole áspera y furiosa que dominase la suya.

Nada de esto tenía Sebastián: no era estúpido ni impasible; y su carácter, más bien que violento, era complaciente y sufrido; más bien que dominante, era dulce y conciliador.

Para colmo de su desgracia, en su pecho se abrigaba un corazón sensible; y después de cada cuestión con su esposa, aquel corazón le dolía, como si una mano bárbara le hubiera magullado.

Elvira, después de morirle su madre, había sentido acrecer el deseo que tenía de abandonar Madrid; y á pesar de la violenta oposición de su marido, que tenía en Alberto un amigo fiel y querido—única afección que después de su mujer le ligaba á la tierra,—logró fijar su residencia en Barcelona.

Allí puso su casa bajo un pie de elegancia y de lujo difícil de expresar: la sedería, el ébano, la plata, brillaban por todas partes; numerosos criados llenaban las antesalas, y dos camareras francesas realzaban todos los días los encantos de Elvira, quien, á la edad de diez y siete años aún no cumplidos, era una de las más perfectas bellezas del mundo.

¿No era, en efecto, un raro capricho de su parte el salir de Madrid, donde tan brillante papel podía haber hecho, é ir á encerrarse en una capital de provincia? Pero Elvira era todo caprichos, y apenas pudiera decirse que pensaba un mes seguido la misma cosa.

Sin embargo, su empeño en residir en Barcelona persistía, á causa sin duda de la misma oposición de su marido. Elvira, como todas las almas débiles y poco generosas, tenía un especial placer en mortificar á quien la amaba.

Aquella noche Sebastián no había podido ceder á su capricho de que se quedase. Para distraer sus sinsabores domésticos había tomado algunas acciones en una empresa que acababan de establecer varios comerciantes, y que representaba sumas considerables; pero su resistencia le había sido tan dolorosa, que sentía su corazón abatido y como destrozado.

Elvira se retiró antes de que se acabase la función; la ira la ahogaba, y al mismo tiempo un vago presentimiento le avisaba de alguna desgracia. Su cabeza ardía; tenía vivos deseos de alterar con su marido, y á la vez sentía una imperiosa necesidad de llorar y de gemir.

Llegó á su casa y halló otro coche á la puerta; se apeó del suyo y subió rápidamente la escalera, entrando apresurada en la habitación de Sebastián.

Éste acababa de entrar; su ayuda de cámara le

desnudaba, auxiliado de otro criado. Parecía dormido ó desmayado; pero de sus párpados entreabiertos salía un resplandor fúnebre y vidrioso. Cuando uno de los criados dejaba aquel cuerpo pesado, caía inerte en los brazos de su compañero; si los dos le hubieran dejado, hubiera caído al suelo.

Había en su semblante una mezcla extraña de palidez lívida y arrebatado carmín; grandes ojeras oscuras rodeaban sus ojos.

Elvira, con la sagaz penetración que le era natural, abarcó de un golpe la situación; su alma entera se lanzó hacia Sebastián, doliente desde hacía muchos días y moribundo entonces; corrió hacia su marido, y ayudó á colocarle en el lecho.

—¡Sebastián, Sebastián!—le decía entre sollozos;—¡respóndeme! ¿No me oyes? ¡Soy yo, Elvira, que te habla, que te ama, que no se separará de ti!

Aquel acento lloroso y afligido llegó hasta el dolorido corazón de Sebastián, hasta aquel corazón herido por la nostalgia que producen la lejanía del suelo patrio y las continuas penas del ánimo.

—¡Corred!—exclamó Elvira dirigiéndose á los criados;—¡volad á buscar un médico; avisad á cuantos halléis al paso!... ¡Id, id corriendo!

Los criados salieron, y Elvira se arrojó llorando sobre el cuerpo de su marido, quien, al parecer, se había sumergido de nuevo en un letargo mortal.

II

LA SENTENCIA

Poco tardó en llegar un médico.

Al ver á aquella hermosa niña que lloraba, su corazón se conmovió de pena. Elvira estaba sola junto al cuerpo de su marido, y lanzaba sollozos y gemidos llenos de angustioso dolor.

—Un poco de calma, querida señora—dijo el facultativo, que era un hombre de edad provecta y de dulce fisonomía;—acaso no haya razón para afligirse así.

Apartó dulcemente á Elvira al decir estas palabras, y la pobre joven tuvo que apoyarse en un sillón para no caer.

El médico tomó el pulso de Sebastián, que seguía sumergido en su letargo; tocó sus sienes y su pecho, y luego dijo, volviéndose á Elvira:

—No hay cuidado por ahora. Suplico á usted que me indique una habitación donde pueda escribir algunas recetas.

Elvira llamó, y un criado se presentó en seguida.

—Acompañe usted al señor doctor á mi cuarto—dijo la joven,—y dele lo necesario para escribir, quedando después á sus órdenes.

El médico y el criado llegaron, después de atravesar otras dos salas, á un lindo aposento, donde

parecía haberse agotado todo el refinamiento del lujo.

Era el de Elvira, cuyo adorno y mueblaje habían sido colocados bajo la dirección de su esposo.

Elvira era egoísta, y casi sólo en lo que tocaba á su gusto ó comodidad concedía algunos derechos al pobre Sebastián, á aquel joven que casado con otra mujer hubiera dado y recibido una dicha completa.

Pero ¡ay! eran dos niños, y el más débil, el más sufrido, el más suave y cariñoso debía caer víctima de las iras del otro.

El doctor se sentó delante de un precioso *secrétaire* de palo de rosa con embutidos de nácar y bronce, y tomó una hoja de papel y una pluma; pero en vez de encabezar una receta, miró al criado y le preguntó:

—¿Tiene su señora de usted parientes?

—He oído decir que tiene aún padre y una hermana—dijo el doméstico.

—¿Sabe usted su nombre, la dirección que llevan las cartas cuando la señora les escribe?

—Sí, señor doctor—respondió el criado;—el padre de la señora se llama don Andrés Miranda, es banquero y vive en Madrid, calle del Carmen, núm. 17, cuarto principal.

El médico inclinó su vista sobre la hoja de papel, y escribió esta carta:

«Barcelona, Enero de 185...

»Señor don Andrés Miranda.

»Muy señor mío y de toda mi consideración: El esposo de su hija de usted entra ahora mismo en la agonía, según me avisa la ciencia á que he consagrado mi vida, y la cual no puede salvar ahora la de este malogrado joven; su viuda queda tan sola y aislada, que á su edad y circunstancias no creo posible dejarla, hasta que usted, ó la persona que usted designe, venga á acompañarla.

»Soy de usted atento y S. S. Q. B. S. M.,

EL DOCTOR N.»

El doctor cerró la carta, le puso el sobre, y luego volviéndose al criado, le dijo con voz angustiada y breve:

—Al correo, al instante.

El criado salió; pero al ir á abrir la puerta de la escalera, una figura blanca se le puso delante.

Era su señora, ataviada aún con su traje de crespón y sus diamantes, quien al observar la rápida descomposición de las facciones de su marido, corría en busca del doctor.

Al ver al doméstico salir presuroso con una carta en la mano, un rayo de horrible luz iluminó su inteligencia, y casi estuvo para caer desvane-

cida; pero, por un esfuerzo supremo, preguntó al criado:

—¿Adónde va usted?

—Al correo—respondió aquél;—voy á llevar esta carta que me ha dado el señor doctor para el padre de la señora.

—¡Para mi padre!—repitió Elvira con voz ahogada; luego añadió:

—Deme usted la carta.

El doméstico se la presentó, y ella, acercándose al quinqué que alumbraba el recibimiento, rompió el sello con mano trémula y fijó sus ojos extraviados en su contenido.

Mas apenas empezó á leer, vió la sentencia terrible escrita de mano del apóstol de la ciencia; lanzó un agudo grito, y cayó desvanecida.

El médico, que salía de su cuarto, la recibió en sus brazos.

—¿Qué hago con la carta?—preguntó el criado aturrido.

—Cerrarla de nuevo y llevarla al instante al correo—respondió el médico conduciendo á Elvira hasta el cuarto de su marido, donde la depositó en un sillón.

La pobre joven tardó poco en volver en sí; á pesar de la debilidad en que se hallaba, y de que sus dientes se chocaban con un violento ataque nervioso, corrió hacia el lecho de su esposo, llamándole entre gritos y lágrimas.

—¡Sebastián! ¡Sebastián!—volvió á exclamar.—

¡Conque mi suerte es perder á todos los que me aman! ¡Conque me dejas, Sebastián, tú que tanto me querías, tú que siempre tenías para mí una sonrisa dulce y una palabra de amor y de perdón!

—¡Vamos! ¡Valor, señora!—dijo el médico,—no por usted sola, sino también por el pobre enfermo; sin duda debe haber sufrido mucho en vida, y por lo mismo debe morir ahora tranquilo.

—¡Dios mío!—exclamó Elvira con todo el candor de sus pocos años y de su irreflexión.—¡Dice usted que ha sufrido!... ¿Estaría acaso enfermo sin saberlo yo?

—Sus sufrimientos, señora, no eran físicos—repuso el médico tristemente:—eran morales.

—¡Morales!—repitió Elvira.

—Sí; este pobre joven tenía sin duda cerca á alguna persona que le martirizaba con su mal carácter; él era una sensitiva... y ha padecido mucho, se lo repito á usted. Debe estar atacado, hace por lo menos cinco meses, de una fiebre nerviosa que le habrá hecho padecer mucho, y que á consecuencia de graves y recientes disgustos, se le ha complicado con una aneurisma aguda. ¡Lástima es, señora, que por ser usted tan niña no haya podido separar de su lado y de su trato á la persona que así le hacía padecer!

Elvira miró al facultativo con asombrados ojos.

—¡Ay, señor doctor—dijo,—esó no podía ser! Mi esposo vivía sólo conmigo; no tenía ninguna amistad íntima; únicamente conmigo salía.

—Pues entonces...

El doctor se detuvo; iba á decir: *pues entonces, señora, usted es quien le ha ocasionado la muerte;* pero la vista de aquel adorable semblante, tan joven, tan fresco, tan ingenuo y tan trastornado por la pena, detuvo la palabra en sus labios; díjose á sí propio que tal vez era Elvira culpable sólo de irreflexión, ó que quizá el moribundo había tenido penas cuyo origen había ocultado á su mujer.

Elvira había notado la indecisión del doctor; le miró con ansiedad, y le preguntó:

—¿Qué me decía usted?

—Que si sólo ha vivido con usted, señora, es que yo me he equivocado respecto á su dolencia, y que Dios quiere llevárselo á la gloria.

El médico, dicho esto, volvió á sentarse á la cabecera del lecho, y contempló con una commiseración profunda aquel semblante de veintidós años, tan hermoso, tan sentimental, tan perfecto; la muerte misma parecía que no se atrevía á descomponerlo, y llegaba á lento paso cubriéndole con un velo de suave palidez.

Elvira se sentó al lado opuesto del lecho, y elevando al cielo su bello rostro lleno de lágrimas se puso á rezar con hondo fervor.

No se reconocía culpable: su alma joven, pura, fresca como su rostro, no tenía ningún instinto de justicia, de equidad, de abnegación; amaba á su marido con todo su corazón, con todo su pensamiento. Mas, para dicha suya, ni aun después de

leer la fatal sentencia del doctor, ni aun después de oírle decir que á Sebastián le mataban hondos y repetidos pesares, se dijo con la voz de la conciencia:

—Yo le he matado.

Tenía el corazón destrozado por una pérdida, que aún no creía cierta ni posible; pero su fatal educación la había librado de los remordimientos.

—¡Ay, pobre Elvira!

—¡A cuán duro precio debías adquirir la ciencia de la vida y de la virtud!

III

ALBERTO QUIERE SER DICHOSO

Algunos días después de las escenas precedentes, estaban reunidas en casa de Miranda varias personas que ya conocemos.

María, rigurosamente vestida de luto, se hallaba sentada en un silloncito bajo; lo negro de su traje comunicaba un brillo sorprendente á su tez alabastrina y á sus dorados cabellos; estaba delgada y triste, y sus ojos azules abatidos y rodeados de una aureola obscura.

Un rayo de sol calentaba sus pequeños pies, calzados con botitas de satén negro, y su vestido de merino descubría todas la perfecciones delicadas de su talle virginal.

Cerca de ella se hallaba sentado su primo Alberto, que la miraba con ternura; y paseándose por la sala estaba Alvareda; á quien los años no robaban nada de su vivacidad inquieta ni de su brusca franqueza.

—¡Vaya, que no es posible ver una simpleza mayor que la de afligirse de esa suerte porque hace dos días que no hay carta!—exclamó con tono entre enojado y paternal;—¡hija mía, tu sensibilidad es ya insufrible!

—¡Perdón, querido tío, perdón!—exclamó María saltándosele las lágrimas, que en vano procuraba reprimir desde hacía ya mucho rato.—A pesar del carácter fuerte é irritable de mi hermana, yo sé que amaba mucho á su marido; sé que está enferma, y temo que lo esté de mayor cuidado que el que papá dice.

—¡Que amaba á su marido! ¡Bah, bah! ¡Me río yo de esos amores! Si es amar á un hombre es darle martirizando continuamente; si es amarle no dejarle palabra, acción ni pensamiento suyo; si es amarle estar siempre regañándole, hacerle vestir de color cuando él desea vestir de negro, comer salado cuando gusta de dulces, beber cuando no tiene sed, bailar cuando está enfermo y dormir cuando desea estar despierto, entonces, hija, no ames así jamás á tu marido, porque le harás completamente desgraciado; mi buena Luisa, la santa madre de Alberto, no me amaba por cierto de ese modo.

Una lágrima asomó á los grandes ojos de Alvareda; era una lágrima rebelde que brotaba de su corazón y subía hasta sus párpados siempre que hablaba de su perdida esposa.

—Ya lo ves, hija mía—dijo, tras de algunos instantes de silencio;—siempre que hablo de tu tía lloro... yo que no tengo el corazón tierno... ni el alma nada blanda... Yo lloro como un niño... ¿Y sabes por qué? Porque era la mujer más buena que he conocido... ¡Porque el primer disgusto que me ocasionó fué el de su muerte! ¡Oh! ¡Aquella sí que era la mujer fuerte y sumisa á un tiempo, esforzada y tierna, de que nos habla la Escritura!... Quizá demasiado severa... Pero ¡ay, que ella fué la única víctima de su severidad!

—Papá, María se parecé á la santa que lloramos—dijo Alberto tomando la mano de su prima;—¿á qué culparla, pues?

—Yo no la culpo, hijo mío—repuso Alvareda;—sólo digo que su hermana no merece los cuidados que ella se toma, y que es mucha lástima que haya muerto el pobre Sebastián de un tabardillo.

Los dos primos miraron á Alvareda; Alberto riéndose, y María, á pesar de su tristeza, haciendo esfuerzos para contener cierto conato de hilaridad.

—¡Sí, señor, lo sostengo: de un tabardillo!—repetió Isidoro.—¿Cómo se llama si no la enfermedad que ha llevado al otro mundo al pobre mu-

chacho? Los médicos la llaman calentura, fiebre... Pero yo digo y repito que ha sido un tabardillo, ocasionado por el genio atroz de su mujer.

—Papá—dijo Alberto,—es justo que compadezcamos á Elvira; pero dejémosla por un momento, y veamos si María fija por fin el día para nuestro casamiento.

—¡Sin estar aquí papá ni Elvira!—murmuró María.—¡Oh, no me atrevo á hacerlo, Alberto! ¡Me parecería que me casaba bajo muy tristes auspicios si fuera al altar sin mi padre y mi hermana!

—Pero, criatura, ¿no estoy viviendo yo á tu lado? ¿No represento á tu padre? ¿No soy el padre de tu futuro? O mejor dicho, ¿no soy tu propio padre, por el cariño que te tengo?

—¡Es verdad, mi querido tío, es verdad!—respondió María tomando su mano,—y quizá mi dolor me hace ser demasiado injusta contigo; pero ¿no sería mejor esperar á que vinieran papá y Elvira?

—Tu voluntariosa hermana no quiere salir de Barcelona; ya sabes que ahora le da por echarse de sentimental, y por decir que no quiere separarse de su marido, ó más bien, de los restos de su marido. Tu padre tampoco quiere dejarla sola con sus diarios ataques de nervios; conque si su sentimentalismo crece y Andrés insiste en permanecer allí, ¿hasta cuándo vais á ser vosotros las víctimas de su comodidad? Hija mía, tú te pasas la mitad de la vida sola y llorando, y la otra mi-

tad al lado de Sor Raimunda; Alberto vive solo también en casa como el hongo, por el bien parecer; y yo no sé qué hacer, como no sea procurar que os caséis al momento.

María, cuya índole, lejos de agriarse con la edad, era cada día más blanda y más dulce, iba á responder sin duda accediendo al deseo de su tío; pero la idea de casarse sin que su padre sancionase con su presencia su unión, volvió á asustarla, y guardó silencio.

—Yo me aburro mucho—dijo Alberto;—aunque he sustituido á mi tío en su agencia de Bolsa, cuando salgo de allí no sé qué hacer; mi mayor deseo es que me proporcione trabajo mi profesión de abogado, para emplear las tardes; gracias á que ahora está aquí mi amigo Gaspar, y yo paseo con él algunos ratos.

—¿Gaspar?—preguntó María;—¿quién es Gaspar? Nunca me has hablado de él.

—No me habré acordado; es un joven muy amigo mío, y muy amigo también de tus hermanos; los cuatro éramos inseparables en París.

—¡Bueno andaría ello!—dijo Alvareda.—Figúrate, hija mía, que ese Gaspar Juncosa es el hombre más tronera que hay bajo la capa del cielo; eterno perseguidor de mujeres...

—¡Papá!—murmuró Alberto en tono de reconvencción y mirando á María.

—¿Qué es lo que quieres, hombre?—preguntó Alvareda muy admirado, pues su turbulencia no

le permitía ciertos reparos;—¿se te figura que María se espanta de oírme? ¡Como si ella no supiera que hay hombres enamorados! Y además, es preferible que lo sepa á que se case contigo con los ojos cerrados. Pues sí, hija mía, Gaspar es enamorado, jugador, pendenciero; y á pesar de todo tiene un carácter tan flexible, que se le maneja de cualquier modo; es hombre puramente de impresiones.

—Y está además dotado del más bello corazón del mundo—añadió Alberto.

—¿Y le has conocido tú en París?—preguntó María.

—No—respondió su primo;—juntos hemos estudiado leyes en Madrid. Él es huérfano de padre y madre, natural de Granada, y tiene en aquella ciudad dos tías ancianas y viudas. Desde antes de irme yo á París éramos ya excelentes amigos, y nos unía un afecto entrañable. Él, á decir verdad, es algo gastador; pero á nadie perjudica, porque es muy rico. Toda su familia se reduce á sus dos tías, que adoran en él y son muy ricas también. Yo le dejé en París al venirme, y hace unos días que ha llegado. Como vivo solo, se ha venido conmigo; pero dice que se va á volver á Granada muy pronto. Entonces María—prosiguió Alberto,—me quedaré triste y aislado. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que tu hermana, egoísta como siempre, no quiera venir ni deje venir tampoco á tu padre?

La puerta se abrió y no dejó responder á la joven, quien vencida por el amoroso ruego de su primo, le miraba á su vez con ternura; un criado alzó la cortina de seda de la puerta y anunció:

—La señora Condesa de las Navas.

Al oír este nombre, una súbita palidez cubrió el hermoso semblante de María. La que llegaba allí era Celia, la bella, la coqueta Celia, que le había robado durante tanto tiempo el corazón de Alberto; aquella Celia á quien habían visitado una sola vez las dos hermanas en compañía de su madre, porque era prima de Sebastián.

María, con aquella viveza de imaginación que tal contraste ofrecía con lo apacible de su carácter, se preguntaba á qué vendría allí aquella mujer, á la que temía y odiaba instintivamente tanto como lo permitía su índole angelical.

Aún pensaba así cuando la joven Condesa entró con ligero paso en la sala, donde se hallaban reunidos los dos primos y Alvareda.

María se levantó, pero no pudo salirle al encuentro, y tuvo que apoyarse en un sillón para no caer, mientras que Alberto miraba á la Condesa con irritados ojos.

IV

CELIA

La Condesa vestía de luto por la muerte de Sebastián, del mismo modo que Alvareda, su hijo y su sobrina.

Pero su traje no era el que convenía á un luto tan reciente ni á un dolor del corazón; llevaba un rico vestido de seda guarnecido de volantes, una capa de terciopelo y un sombrero de lo mismo, con un velo de encajes que la hacía parecer hermosa sin serlo.

Porque Celia era sólo bonita; su gracia consistía en que contaba cerca de diez y nueve años y no aparentaba más que diez y seis, por lo esbelto y delicado de sus formas; en que su tez morena estaba iluminada por dos hermosos y rasgados ojos negros; en que su boca, un poco grande, parecía formada de coral y perlas; en que su frente, si bien no muy ancha, era muy bonita, y en que su nariz, lejos de ostentar una helada y muda perfección, era levantada ligeramente, graciosa y espiritual.

Por los demás, su talle, sus pies, todo era de una rara y exquisita elegancia; tenía el aire de niña, las gracias de la adolescencia, las coqueterías refinadas de una cortesana de buen tono y la elevada posición de una aristocrática dama; todo